

número 14 (segundo semestre 2006)
number 14 (second semester 2006)

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal
Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo / Society, Nature and Development Studies

Issn: 1515-6443

Quando el árbol no deja ver el bosque. Neofuncionalismo y posmodernidad en los estudios sobre movimientos sociales

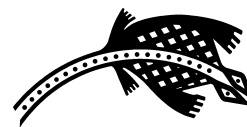
*Guido Galafassi **

* CONICET-UNQ y UBA (Argentina). E-mail: ggalafassi@unq.edu.ar

Introducción

La historia de la modernidad es la historia de la movilización social, la modernidad nace o se expresa materialmente a partir de procesos de la movilización y el cambio, la revolución inglesa y francesa dan forma a los inicios de la modernidad y luego esta se va expandiendo al resto del mundo a través de distintos procesos de ocupación y dominación que generan dialécticamente nuevos procesos de movilización, dándose incluso en muchos casos procesos revolucionarios también. Por lo tanto, el estudio de los procesos de movilización social es en parte el estudio de la modernidad y viceversa. Así, los movimientos sociales son parte inherente de la modernidad, son producto y productores de la modernidad y son la expresión de las cambiantes condiciones, estructuras y procesos de la modernidad. Los procesos de industrialización, urbanización, acumulación capitalista y desarrollo poscapitalista son el entramado dialéctico con el cual los movimientos sociales interaccionan conformándose y conformándolos. El nacimiento y posterior desarrollo de las ciencias sociales va de la mano también con el análisis de la movilización social, tanto los padres fundadores de la sociología como sus continuadores así como en la economía y en la ciencia política tuvieron en el estudio de la movilización el eje de su problemática. Es más, la ciencia social moderna se funda con el objetivo de, en parte, legitimar y justificar intelectualmente la emergencia de la modernidad a través del cambio y la movilización social¹.

¹ Los “padres fundadores” de las ciencias sociales modernas harán de su posicionamiento frente a la sociedad moderna emergente un eje fundamental de su explicación. Mientras Saint-Simon, Comte, Durkheim y Weber “festejarán” a la nueva sociedad capitalista, industrial, urbana y racional (con fuertes matices y hasta críticas puntuales y parciales a su desarrollo), Tonnies en cambio, presentará una explicación que añora los valores perdidos de la comunidad medieval, siendo Marx, el claramente más “hiper-moderno” al resaltar los progresos implícitos que acompañan la emergencia de la sociedad capitalista, criticándola a su vez radicalmente para promover su avance y cambio (y reemplazo por una sociedad socialista)



Esta problemática de la movilización y los movimientos sociales, es y ha sido un tema también altamente tratado y estudiado en los medios académicos latinoamericanos, y en parte en la Argentina siendo, en este caso, la clase obrera un sujeto privilegiado en cuanto a la dedicación que ha merecido por parte de la academia y la ciencia, tanto a principios de siglo como en los años '60 y '70. De hecho, en la Argentina, en el contexto del amplio desarrollo de investigaciones desde muy diversas perspectivas disciplinarias relacionadas con la cuestión del desarrollo y la sociedad, los movimientos sociales en su amplia perspectiva, es decir más allá de la clase obrera solo han sido abordados parcialmente, por lo que han quedado fuera del estudio (o en todo caso con un tratamiento muy superficial) una importante cantidad de situaciones, procesos y casos. Esto se puede explicar tanto por la propia historia del proceso capitalista argentino basado en un intenso proceso de industrialización y de alta capitalización de la actividad agropecuaria (previo exterminio casi total de la población indígena), como también a un descuido por parte de la ciencia respecto al resto de los procesos de movilización social, por esto es posible afirmar que la problemática de los movimientos sociales en sus diferentes variantes ha sido, durante importantes periodos, claramente sub-estudiada en relación con la importancia que han merecido históricamente otras temáticas.

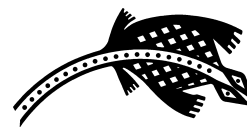
Aunque es de destacar que en estos últimos años y siguiendo las tendencias internacionales surgidas a la luz de la llamada "teoría de la acción colectiva" y la "teoría de los nuevos movimientos sociales" vienen apareciendo a un ritmo intenso una serie de trabajos y grupos de investigación dedicados expresamente a la problemática de los movimientos sociales.

En síntesis, el estudio del conflicto, las luchas y los movimientos sociales constituye un tema, por un lado predominantemente vinculado al pasado, a los estudios históricos de las tres o cuatro primeras décadas del siglo XX, ya sea por distintas rebeliones agrarias como por el momento de auge del movimiento obrero y sus manifestaciones anarquistas y socialistas, y a los importantes procesos de rebelión de los años '60 y '70; y por otro como una representación actualmente en desarrollo de la aparición de lo que se ha dado en llamar "nuevos sujetos o movimientos sociales" que surgirían en las últimas décadas, ligados particularmente a los cambios generados por la aplicación de las recetas neoliberales. Ahora, mientras que los primeros centraban el eje del análisis precisamente en las luchas y los conflictos generados a partir de la imposición de un determinado modelo de desarrollo capitalista y de la interacción y la puja de intereses entre los diversos sectores o clases sociales, teniendo en muchos casos una mirada con cierto compromiso con los mismos, especialmente en los trabajos de los años sesenta y setenta; los segundos en cambio, ponen mucho más fuertemente el énfasis en las cuestiones de relativismo subjetivo ligado fundamentalmente a la organización de los movimientos, quedando la lucha, el conflicto y la puja entre fuerzas antagónicas relegadas a un segundo o tercer plano.

Si el concepto de lucha de clases fue un concepto clave en los '60 y '70, actualmente no constituye una preocupación fundamental en los círculos académicos mayoritarios. En este contexto aparece el interés por el estudio de los "movimientos sociales", que sin duda es auspicioso, por cuanto en Argentina y buena parte de América Latina, reaparece alguna preocupación por fenómenos ligados al cambio social, frente al predominio casi absoluto durante los años '80 y '90 en el análisis del "status quo" (como el estudio en base a los conceptos de la sustentabilidad y gobernabilidad que como los propios términos lo indican, hacen hincapié en la conservación y no en la transformación)

Pero es sumamente interesante prestar atención entonces a una serie de presupuestos desde donde reaparece el estudio de la movilización social. Aunque sería más preciso afirmar que lo que aparece son los estudios sobre las formas de "organización" y procesos de "identidad" de los movimientos sociales, pues si anteriormente el conflicto, el enfrentamiento, la lucha de clases y la

hacia la plena vigencia de los valores de libertad y enfatizando fuertemente los de igualdad a partir de la desaparición de la explotación y de las clases sociales que la sostienen.



protesta eran ejes fundamentales del análisis, ahora predominan (en sectores mayoritarios del mundo científico) trabajos que dejan en un segundo plano la cuestión del antagonismo y en donde los fenómenos de “identidad”, “recursos organizativos” y “exclusión” (que reemplaza al antagonismo) son las preocupaciones fundamentales, rescatando las visiones que se asientan más en las funciones y los equilibrios (o desequilibrios del sistema social) que en las contradicciones y los enfrentamientos entre clases o sectores sociales. Se siguen aquí, tendencias teóricas aparecidas en las últimas décadas en los países centrales y basadas todas ellas en el resurgir del “individualismo metodológico”.

Post-estructuralismo e individualismo metodológico

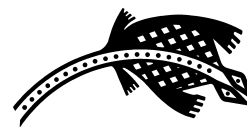
Existen dos grandes grupos de corrientes teóricas dominantes para el estudio actual de los movimientos sociales, todas identificadas con la perspectiva del individualismo metodológico. Una, de mayoritario origen norteamericano, a la que se la puede identificar como primordialmente preocupada por el problema de la “protesta y la acción colectiva”, y otra de mayoritario origen europeo más enfocada a la cuestión de la “identidad”. Es importante aclarar que si bien estas diferencias de origen se pueden visualizar fácilmente, existe un gran diálogo e intercambio entre las dos corrientes dominantes. Por lo tanto, respetando las diferencias, se seguirá a continuación con cada una de estas “escuelas”, marcando cuando corresponda, los contactos más visibles entre ambas.

La “Escuela Norteamericana”

El desarrollo teórico norteamericano dominado ampliamente por las concepciones positivistas-funcionalistas de lo social, vio emerger durante el período de entreguerras una preocupación especial por los fenómenos de protesta y de organización y movilización social (aunque es importante recordar que la problemática del conflicto como consecuencia del cambio, siempre fue un tópico de importancia dentro del esquema estructural-funcionalista). La tendencia general era considerar a la movilización social como portadora de un comportamiento político no institucionalizado, espontáneo e irracional por lo cual era potencialmente peligrosa al tener la capacidad de amenazar la estabilidad del modo de vida establecido (Eyerman et Jamison, 1991).

El Collective Behaviour, línea que partía del interaccionismo simbólico de Herbert Blumer (1934) y otros, se interesaba por los procesos de autorregulación y la creación de nuevas normas así como de los procesos de aprendizaje social e innovación del comportamiento colectivo. El punto de vista era sociopsicológico, orientado a la investigación de la conducta individual. Los estudios de Talcott Parsons (1942) explicaban el surgimiento del movimiento social en función de las tensiones originadas en el desarrollo desigual de los varios subsistemas de acción. El punto de vista aquí es claramente macrosociológico y apuntaba a los desajustes que sobre los individuos ejercían los procesos de modernización y racionalización de las sociedades industriales.

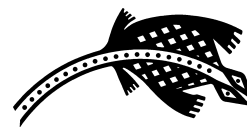
Jean L. Cohen (1985) ha resumido de forma muy clara y concisa las premisas básicas de estas teorías de entreguerras: “1) Existen dos tipos distintos de acción: comportamiento institucional-convencional y comportamiento no institucional-colectivo; 2) El comportamiento no institucional-colectivo es acción que no se guía por normas sociales existentes, sino que se forma para enfrentarse con situaciones indefinidas o no estructuradas; 3) Estas situaciones se entienden en términos de colapso, o bien de los órganos de control social, o bien en la adecuación de la integración normativa, colapso debido a cambios estructurales; 4) Las tensiones, descontento, frustraciones y agresividad resultantes llevan al individuo a participar en el comportamiento colectivo; 5) El comportamiento no institucional-colectivo se desarrolla siguiendo un “ciclo de vida”, susceptible de análisis causal, que de la acción espontánea de masas avanza a la formación de opinión pública y movimientos sociales; 6) El surgimiento y crecimiento de movimientos dentro de este ciclo se realiza mediante procesos de comunicación toscos: contagios, rumores, reacciones circulares, difusión, etc.



Una variante de estas corrientes es aquella basada en los modelos de privación relativa (relative deprivation), en las cuales se ponía énfasis, desde una lectura psicosociológica, en el proceso por el cual una sensación de frustración provocaba una reacción hacia alguna forma de protesta. Es decir que los “sentimientos de privación relativa” (es decir, y para decirlo en términos no funcionalistas, sentimientos y conciencia de desigualdad entre los sectores, clases o subclases sociales) surgidos a partir de una situación social o económica desventajosa, conducían a la violencia política. (cfr, Gurr, 1970)

Estas corrientes van entrando en declive y ante la serie de revueltas, conflictos, manifestaciones y procesos de movilización social de los años sesenta, se comienza a cuestionar fundamentalmente la idea del comportamiento desviado e irracional y la idea de la aparición de movimientos sociales vistos exclusivamente como reacción a desajustes estructurales. Así aparece una nueva caracterización de los movimientos sociales como actores “racionales” que definen objetivos concretos y estrategias racionalmente calculadas. Surge así en enfoque de la “elección racional” (rational choice) de raíz fuertemente individualista, relegando así cualquier intento de las corrientes anteriores por teorizar a partir de la noción de colectivo (aunque esta noción tuviera una matriz claramente funcionalista). Lo que explicaría la acción colectiva sería pura y sencillamente el interés individual por conseguir beneficios privados, motivando esto la participación política en grandes grupos. Mancur Olson (1965) el principal mentor de esta corriente, elaboró un modelo de interpretación por el cual para que los individuos participen en acciones colectivas se tiene que dar la condición en la cual los “costos” de su acción tienen que ser siempre menores que los “beneficios”, y es este cálculo de costos y beneficios lo que le da el carácter de racional al comportamiento. Aparece en este contexto el “problema del gorrón” (free-rider) por el cual, en base a esta premisa individualista-egoísta, cualquier sujeto que incluso coincida y racionalmente vea que sus intereses son los del colectivo, puede tranquilamente no participar pues obtendría igualmente los beneficios gracias a la participación de los demás. Este modelo es claramente el que más descarnada y desprejuiciadamente se yuxtapone con la estricta lógica liberal del “mercado”, utilizada para explicar toda acción humana.

Posteriormente surge la teoría de la “movilización de recursos” (resource mobilization), que es, por mucho, aquella que ha cosechado la mayor parte de los adeptos y aquella que se mantiene vigente hasta la actualidad. Aquí ya la preocupación no gira alrededor exclusivamente del individuo egoísta sino alrededor de la “organización” y de cómo los individuos reunidos en organizaciones sociales gestionan los recursos de que disponen (recursos humanos, de conocimiento, económicos, etc.) para alcanzar los objetivos propuestos. Ya no interesa tanto descubrir si existe o no insatisfacción individual por cuanto se da por sentado su existencia, por lo tanto, lo importante para este cuerpo teórico es ver como los movimientos sociales se dan una organización capaz de movilizar y aunar esta insatisfacción individual. Pero seamos claros, esta insatisfacción individual sigue siendo vista en términos de desajustes del sistema social. El énfasis en la gestión y lo organizacional los lleva a definir un concepto clave, que es la figura del “empresario movimientista” que es aquel sujeto individual o grupal que toma la iniciativa, precisamente en la organización del movimiento. *“Primero, el estudio de la agregación de recursos (dinero y trabajo) es primordial para la comprensión de la actividad de los movimientos sociales. Puesto que los recursos son necesarios para involucrarse en un conflicto social, se deben agregar para propósitos colectivos. Segundo, la agregación de recursos requiere alguna forma mínima de organización y, por tanto, implícitamente o explícitamente, nos enfocamos más directamente en las organizaciones de movimientos sociales que los que trabajan dentro de la perspectiva tradicional. Tercero, en explicar los éxitos y fracasos de un movimiento social, hay un reconocimiento explícito de la importancia primordial de la participación de parte de los individuos y las organizaciones del exterior de la colectividad que un movimiento social representa. Cuarto, un modelo explícito de oferta y demanda, aunque sea tosco, a veces se aplica al flujo de los recursos hacia y fuera de movimientos sociales específicos. Finalmente, hay sensibilidad a la importancia de los costos y beneficios en*

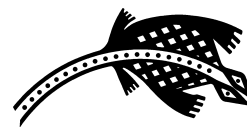


explicar la participación individual y organizacional en la actividad de un movimiento social” (McCarty y Zald, 1977)

Volvamos a Cohen (1985) para resumir los distintos principios comunes de los distintos teóricos de la movilización de recursos: “1) Hay que entender los movimientos sociales a partir de un modelo conflictual de acción colectiva; 2) No hay diferencias esenciales entre la acción colectiva institucional y no institucional; 3) Ambas entrañan conflictos de interés intrínsecos a las relaciones de poder institucionalizados; 4) La acción colectiva involucra la búsqueda racional del propio interés por parte de grupos; 5) Objetivos y agravios son resultados permanentes de las relaciones de poder y por tanto no pueden explicar la formación de movimientos; 6) Esta depende, más bien, de cambios en los recursos, la organización y las oportunidades para la acción colectiva; 7) La movilización involucra organizaciones formales burocráticas de gran escala y con propósitos definidos.”

La teoría de la movilización de recursos le otorga una prioridad muy alta al hecho de existir agravios que generan reacciones por parte de los individuos junto a una presencia previa (al agravio) de “grupos organizados con recursos” que puedan canalizar la protesta. Craig Jenkins (1994) rescata el estudio sobre las protestas en contra de la central nuclear de Three Mile Island, en el cual creen descubrir que a pesar de los intentos de las organizaciones antinucleares por movilizar a la población en contra de la central, no lograron tal objetivo sino hasta después de que ocurriera el desastre (es decir, el agravio). El apoyo posterior al desastre supuso la presencia de individuos políticamente activos que pudieron ser movilizados gracias a la existencia previa de los grupos organizados con recursos. En síntesis, la formación de los movimientos se da gracias a “la organización, los recursos y las oportunidades de los grupos”. Este argumento explicativo se lo puede ver también claramente cuando se intenta explicar al movimiento por los derechos civiles de los años sesenta. “Del mismo modo, el surgimiento del movimiento de los derechos civiles en los años cincuenta partió de la urbanización de la población negra del Sur, de su incorporación a las clases media y obrera, del aumento progresivo en la matriculación de negros y negras en las universidades, y de la mayor organización de las iglesias negras. Tales cambios liberaron a la población negra de las formas tradicionales de control social de tipo paternalista, aumentaron el nivel de organización y recursos de la población negra, y colocaron al votante negro en una posición estratégica en el seno de la política nacional” (Craig Jenkis, 1994; McAdam, 1982). Aparece también en este contexto la categoría de “liberación cognitiva” que hace un más profundo hincapié en las condiciones subjetivas. McAdam (1982) por ejemplo, uno de los máximos referentes norteamericanos de la teoría de los nuevos movimientos sociales, resalta este concepto como aquel que teniendo en cuenta las desigualdades estructurales (es decir, en el plano de las condiciones objetivas) que pueden o no ser constantes, lo importante es enfocar hacia la percepción colectiva de la mutabilidad y la legitimidad que esas condiciones tienen para los sujetos, variando seguramente todo el tiempo las representaciones e interpretaciones de los actores. Lo fundamental entonces es el observar las variaciones en las subjetividades en relación a las condiciones estructurales que pueden ser constantes.

La preocupación fundamental de todas estas teorías (junto con las europeas) enroladas en el individualismo metodológico es entender la emergencia de un movimiento social y su sustentación y consolidación en el tiempo. Las categorías de “oportunidad política”, “construcción de redes”, “repertorios de acción” y “marcos referenciales de la acción” son otras categorías también utilizadas para explicar la aparición o existencia de condiciones propicias o favorables para la emergencia de un movimiento social. Para Tarrow (1997), por ejemplo, es la estructura de oportunidades políticas lo que explicaría el como y el cuando un movimiento social puede aparecer. La receptividad a las demandas que existe en un momento determinado en el sistema político y económico global también define las condiciones de sustentación de un movimiento. En consecuencia, es la respuesta a los cambios traídos por las nuevas oportunidades políticas lo que explicaría la vigencia de un movimiento social. “Al hablar de estructura de las oportunidades políticas me refiero a dimensiones congruentes –aunque no necesariamente formales o permanentes- del entorno



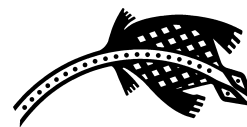
político que ofrecen incentivos para que la gente participe en acciones colectivas al afectar a sus expectativas de éxito o fracaso... El concepto de estructura de las oportunidades políticas nos ayuda a comprender por qué los movimientos adquieren en ocasiones una sorprendente, aunque transitoria, capacidad de presión contra las elites o autoridades y luego la pierden rápidamente a pesar de todos sus esfuerzos. También ayuda a comprender cómo se extiende la movilización a partir de personas con agravios profundos y poderosos recursos a otras que viven circunstancias muy distintas”.

Lo que habitualmente se entiende por ideología o posicionamiento político, y que a nuestro juicio es central para estudiar la movilización social con miras a un cambio o transformación de la sociedad, es conceptualizado por esta serie de autores como “enmarcamiento” o “marcos de la acción colectiva”. Sidney Tarrow (1997) se refiere a esto destacando los esquemas o sobreentendidos cognitivos que se vinculan con la construcción de los sentidos de la acción, en donde la utilización de símbolos constituye un hecho más que relevante para no solo la continuidad y el mantenimiento del movimiento, sino incluso para su trascendencia.

Por último, la “escuela particularista” considerada por muchos como una subvariante de la teoría de la movilización de recursos, tiene a Charles Tilly como una de sus teóricos más conocidos. Es un enfoque histórico y socio-psicológico centrado en las motivaciones individuales que hacen que los individuos participen en los movimientos sociales. Se considera a los movimientos sociales yendo “de la organización a la movilización” (Tilly, 1978), gestionando los recursos disponibles en relación a intereses compartidos para llegar a la concreción de acciones efectivas dentro de una estructura de oportunidades concretas. Concentra los esfuerzos en meticulosos estudios de caso, por cuanto, y haciendo honor al nombre de la escuela, se considera que la oportunidad para la acción colectiva está de acuerdo con las circunstancias del contexto histórico y cultural. Es decir, que al esquema y los supuestos básicos de la movilización de recursos, se lo enriquece prestándole cierta atención al contexto histórico, pero siempre dentro de la concepción del individualismo metodológico. Se hace uso también de la categoría “repertorio de acciones” (estrategias de lucha) a tono con este contexto en donde lo importante es resaltar la interacción y el juego de posiciones de los actores dentro de un sistema social. Lo que vale para este autor son las “series de interacciones entre los detentadores del poder y las personas que se declaran con éxito portavoces de una base social. A lo largo de esta serie, los portavoces hacen públicas sus demandas a favor de cambios en la distribución o el ejercicio del poder y respaldan las demandas con manifestaciones públicas de apoyo” (op. cit.).

Las críticas posibles a esta corriente teórica son numerosas y se expondrán más abajo, pero vale aquí destacar algunas de las más relevantes que ya han sido expuestas por otros autores. Riechman y Buey (1996: 25), por ejemplo, realizan una interesante objeción a la teoría de la movilización de recursos, respecto a que la mirada centrada exclusivamente en la racionalidad estratégico-instrumental de la acción colectiva no les permite escapar del problema del free-rider, por cuanto presupone en última instancia el modelo olsoniano. Dejemos hablar a los críticos, “El concepto de racionalidad como maximización del interés privado egoísta a partir de preferencias dadas, presupuesto en el enfoque del rational choice, es demasiado estrecho para elucidar todos los problemas con que se enfrenta una sociología de los movimientos sociales. Ninguna lógica de intercambio cuasi-mercantil según cálculos de coste-beneficio puede dar cuenta correctamente de la acción colectiva en grupos en estado naciente y en busca de autonomía, identidad colectiva y reconocimiento público. A un marco analítico que atienda exclusivamente a la interacción estratégica se le escapan tanto las orientaciones culturales como las dimensiones estructurales del conflicto, y por tanto ignora dimensiones específicas de los movimientos sociales”

Esta crítica es central al enfoque y desnuda ciertas limitaciones presentes en el estudio del conflicto y los procesos de movilización social a partir de los supuestos de la movilización de recursos. Pero es importante resaltar que estas críticas se pueden hacer extensivas al resto de las tendencias que intentan analizar el conflicto en el marco de la sociología norteamericana clásica (y en parte también en las europeas contemporáneas) basadas en variantes tardías de neofuncionalismo y/o interpretativismo ancladas todas en el individualismo metodológico. El análisis costo-beneficio



en base a la lógica individualista atraviesa a toda la sociología clásica de los movimientos sociales desarrollada en las últimas décadas en los Estados Unidos y si bien con la teoría de la movilización de recursos se logran superar los fuertes prejuicios discriminatorios con que se miraban a los movimientos sociales antes de los años '60, su avance no traspasa las limitaciones del análisis que parte de la cosificación y la naturalización de las relaciones sociales.

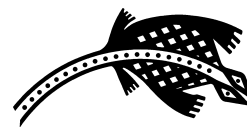
Pero si es de destacar otra crítica claramente central enunciada por estos autores y que se refiere a la naturaleza "apolítica" del enfoque de movilización de recursos. Es que, si bien este marco teórico abunda en las formas que adopta la movilización, no se detiene en los contenidos de la misma, por lo que es muy difícil, sino imposible abordar los proyectos colectivos, las tendencias históricas, los desarrollos culturales y las ideologías y filosofías políticas desde esta línea teórica. Pero es importante destacar que esta segunda crítica es tanto consecuencia como fundamento de la primera, por cuanto una lectura "mercantilista" conlleva a una mirada "apolítica". Es que mientras las relaciones sociales tal cual se han desarrollado en un determinado momento de la historia sean vistas como naturales, es lógico que la pregunta sobre lo político, que implica la pregunta sobre el cambio social, este ausente.

En este sentido, Puricelli desarrolla una más clara observación crítica respecto a la teoría de la movilización de recursos, al referirse a la ausencia de una lectura sobre lo ideológico-político en los movimientos sociales, al mismo tiempo que resalta la visión "mercantilista" sobre los mismos. Ambos argumentos serán retomados más abajo recalcando que estas críticas valen para el total de las teorías analizadas. *"La teoría de movilización de recursos no se preocupa por considerar el contenido idealista y contestatario de los movimientos sociales, por lo tanto no refleja su búsqueda de un mundo mejor. De hecho, la concepción de recursos en ella es positivamente positivista dado que esencialmente se limita a tiempo, dinero e individuos. Las ideas se desenvuelven en un enfoque utilitario y exponen la importancia de tareas estratégicas para lograr las metas, por ejemplo, contratar empleados, vender su punto de vista a potenciales colaboradores, emplear la mercadotecnia y competir con asociaciones voluntarias, políticas y religiosas para obtener recursos del público. La alusión a la dinámica de una empresa dentro de un mercado es deliberada. En este sentido, esta visión administrativa carece de significado, puesto que no analiza la razón de ser de las luchas. Definitivamente no aporta los porqués y como contextuales, y no considera el descontento popular en relación con las estructuras socioeconómicas"* (Puricelli, 2005: 176)

La "Escuela Europea"

Los autores europeos, parten mayoritariamente desde posiciones diferentes en base a su propia tradición en la cual el funcionalismo más estricto nunca tuvo una gran cabida. La preocupación fundamental radica en diferenciar los movimientos sociales post '68 de los anteriores y es así que surgen las "teorías de los nuevos movimientos sociales". Touraine (1985, 1991), Offe (1985, 1996) y Melucci (1994) son tres de sus representantes más conocidos. El énfasis en la figura de "nuevo movimiento" lo relacionan con transformaciones fundamentales de las sociedades industriales, siendo sus casos de estudio los movimientos pacifistas, ecologistas, feministas, etc, que emergen con relativa fuerza en la Europa de los años '60 y '70. Mientras los "viejos" movimientos sociales, eran organizaciones institucionalizadas centradas casi exclusivamente en los movimientos de la clase obrera, los nuevos movimientos, por oposición, poseen organizaciones más laxas y permeables. También se los llama "teóricos de la identidad" pues esta categoría es clave en sus análisis. Así, mientras para la movilización de recursos lo fundamental para definir un movimiento social es la forma de la organización, para estos enfoques europeos, la cuestión de la identidad que se construiría a partir del agregado de individuos en organizaciones sociales, constituye el foco a dilucidar, siendo la identidad equivalente a la organización, en cuanto son los conceptos clave por los cuales se explica un movimiento social.

El concepto y la categoría de "acción colectiva" son centrales para esta línea teórica también. El ya mencionado Alberto Melucci, en una clara, aunque por el no explicitada, interpretación weberiana,



enfatisa la presencia de actores que construyen su acción colectiva a partir de la interacción entre ellos y con diferentes dimensiones que desde lo subjetivo definen el nosotros en término tanto de las expectativas, como de los objetivos, los recursos disponibles y el contexto de la acción. En palabras del propio Melucci (1994): *“Los actores producen la acción colectiva porque son capaces de definirse a sí mismos y de definir sus relaciones con el ambiente. La definición que construyen los actores no es lineal, sino producida por la interacción, la negociación y la oposición de diferentes orientaciones. Los individuos contribuyen a la formación de un ‘nosotros’ (más o menos estable e integrado dependiendo del tipo de acción) poniendo en común y ajustando al menos, tres órdenes de orientaciones: las relacionadas con los fines de las acciones (es decir, el sentido que la acción tiene para el actor); las relacionadas con los medios (las posibilidades y límites de la acción); y finalmente, las que conciernen a las relaciones con el ambiente (el ámbito en el que una acción tiene lugar).”* (pag. 158)²

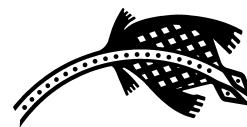
Acción colectiva es definida también en términos de una confrontación, pero una confrontación en términos de lo simbólico y lo subjetivo, así acción colectiva *“implica la existencia de una lucha entre dos actores por la apropiación y orientación de los valores sociales y los recursos”*. Ningún cambio o transformación social cualitativa o cuantitativamente importante está en juego en esta definición, emparentándose así con el resto de las teorías basadas en el individualismo metodológico. El conocido ejemplo de Elster (1993) sobre la noción de acción colectiva, referido a las peripecias, ajustes y desajustes, negociaciones y juegos de subjetividades de una pequeña población estadounidense que se propone armar la bandera norteamericana a partir de portar cada uno de los habitantes ropas de uno de los tres colores básicos de la misma, nos permite entender más claramente cual es el punto de partida para el análisis de los movimientos sociales. Este esquema de acción colectiva que sirve para interpretar el juego del armado de una bandera humana, sirve también para la explicación de los movimientos sociales de protesta (y serviría también para una infinidad de casos en los cuales dos o más personas estén juntas, por lo que abiertamente pierde cualquier especificidad para explicar o interpretar procesos de movilización social). Melucci prosigue su argumento teórico y diferencia entonces a la *“acción basada en conflictos”* del *“movimiento social”* teniendo en cuenta el grado de enfrentamiento con las *normas institucionalizadas*. De aquí que exclusión es sinónimo de *“quedar afuera”* de lo instituido por lo cual la respuesta sería la búsqueda de una *“nueva identidad”* por parte de estos excluidos.

Como se dijo más arriba, esta corriente teórica resalta el carácter de *“nuevo”* de los movimientos sociales contemporáneos. Melucci parte de criticar a diferentes interpretaciones de los movimientos sociales por su *“reduccionismo político”* que serían aquellas que describen a los movimientos contemporáneos genéricamente como *“protesta”* en cuanto limitan su mirada solo a las formas de la acción colectiva que implican un enfrentamiento directo con la autoridad. La consecuencia de este reduccionismo es dejar fuera otras dimensiones que son justamente aquellas que identificarían a los nuevos movimientos. *“(el reduccionismo político)... subestima las dimensiones sociales y culturales de la acción colectiva contemporánea, fundamentales en el caso de los ‘nuevos movimientos’. El resultado es ‘una miopía de lo visible’ que centra su atención en los aspectos mensurables de la acción colectiva (la confrontación con el sistema político y los efectos en políticas concretas) e ignora la producción de nuevos*

² No está de más recordar aquí la definición de acción social dada por Weber (1974:5 y 18), lo que nos permitirá ver más claramente la matriz teórica en la que se basa la categoría de *“acción colectiva”*:

“Por acción debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo. La ‘acción social’, por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por ésta en su desarrollo”

“La acción social (incluyendo tolerancia u omisión) se orienta por las acciones de otros, las cuales pueden ser pasadas, presentes o esperadas como futuras (venganza por previos ataques, réplica a ataques presentes, medidas de defensa frente a ataques futuros). Los ‘otros’ pueden ser individualizados y conocidos o una pluralidad de individuos indeterminados y completamente desconocidos”

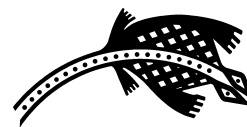


códigos culturales, lo que constituye la actividad sumergida de las redes contemporáneas de movimiento y la condición para su acción visible." (op. cit.: 165)

Profundizando la visión subjetivista de la acción colectiva, Melucci recurre finalmente a la categoría de "identidad" como aquella que marcaría la especificidad de su lectura sobre la realidad. Y la identidad está fuertemente relacionada con la noción de expectativas, pues es a partir de la identidad del actor que el individuo puede definir sus expectativas en tanto posibilidad de construir un accionar en relación con el contexto. Es que para este autor, "... el concepto de expectativa es fundamental para analizar la conexión entre un actor y su ambiente. La expectativa es una construcción de la realidad social que permite al actor relacionarse con el mundo externo. Pero ¿sobre qué base se construyen las expectativas y cómo pueden ser comparadas con la realidad? Mantengo que sólo si un actor puede percibir su consistencia y su continuidad tendrá capacidad para construir su propio guión de la realidad social y para comparar expectativas y realizaciones. De este modo, cualquier teoría de la acción que introduzca el concepto de expectativa implica una subyacente teoría de la identidad." (op. cit.: 170)

Su interpretación subjetivista y weberiana adopta toda su fuerza al momento de profundizar la categoría de identidad, así, un movimiento social implica para Melucci un proceso de interacción entre individuos con el objetivo fundamental de encontrar un perfil identitario que les permita ubicarse en el juego de la diversidad social. A partir de asumir una identidad es que el movimiento social parecería que habría consumado su razón de ser. Es decir que al reduccionismo político que Melucci denuncia, le responde con un "reduccionismo subjetivo", porque pareciera que más allá de la construcción de una identidad no quedará mucho más por hacer, y por lo tanto tampoco para explicar. "Las expectativas se construyen y comparan con una realidad (con la realización, pero también con la estructura de oportunidad) sólo sobre la base de una definición negociada de la constitución interna del actor y del ámbito de su acción. Que un actor elabore expectativas y evalúe las posibilidades y límites de su acción implica una capacidad para definirse a sí mismo y a su ambiente. Este proceso de 'construcción' de un sistema de acción lo llamo identidad colectiva. La identidad colectiva es una definición interactiva y compartida, producida por varios individuos y que concierne a las orientaciones de acción y al ámbito de oportunidades y restricciones en el que tiene lugar la acción: por 'interactiva y compartida' entiendo una definición que debe concebirse como un proceso, porque se construye y negocia a través de la activación repetida de las relaciones que unen a los individuos." (op. cit.: 172)

Por su parte, Offe sitúa los movimientos sociales contemporáneos dentro de un nuevo paradigma político contrapuesto a un viejo paradigma político. Dentro de los del nuevo paradigma sitúa a los ecologistas, los pro-derechos humanos, los feministas, los movimientos pacifistas y aquellos por una producción y distribución alternativa de bienes y servicios. Y todos estos se sustentarían en una serie de valores en común como, "la autonomía y la identidad (con sus correlatos organizativos, tales como la descentralización, el autogobierno y la autodependencia), en oposición a la manipulación, el control, la dependencia, burocratización, regulación, etc." (Offe, 1995: 177). Estos nuevos movimientos se caracterizarían por una clara limitación en cuanto a su estructura organizacional, pues según Offe le faltarían varias propiedades de las organizaciones formales, sobre todo por el hecho de que las decisiones de sus representantes poseen escasa o nula vigencia interna, lo que no les permitiría el cumplimiento de acuerdos derivados de las negociaciones políticas. Es por esto que también afirma que estos nuevos movimientos sociales son incapaces de negociar y definir compromisos, además de no querer hacerlo en muchos casos, por cuanto se mueven a partir de una lógica basada en fuertes antinomias tales como si/no, ellos/nosotros, lo deseable/lo intolerable, victoria/derrota, ahora/nunca, etc. Estrechamente relacionado con esto está el hecho por el cual "los movimientos son también reacios a la negociación porque atribuyen a menudo una prioridad tan alta y universal a sus exigencias centrales que no tiene sentido el sacrificar una parte de ellas (p.e., tratándose de cuestiones relacionadas con los valores de "supervivencia" o de "identidad") pues ello anularía la misma exigencia." La incapacidad por aceptar negociaciones o la práctica de administrar renuncias a corto plazo a cambio de logros a largo plazo, que implicaría



una ausencia de racionalidad táctica se lo atribuye Offe a una falta de claridad ideológico-política, es decir a la ausencia de interpretaciones críticas de la realidad global a partir de las cuales poder elaborar un proceso de cambio hacia un mundo deseable: *“es también típica la falta de un armazón coherente de principios ideológicos y de interpretaciones del mundo de la que poder derivar la imagen de una estructura deseable de la sociedad y deducir los pasos a dar para su transformación”*.

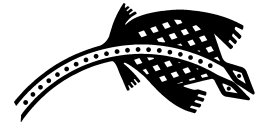
Por ultimo, es importante ver la diferenciación entre el viejo y el nuevo paradigma político según este autor. Los actores del viejo paradigma serían grupos socioeconómicos actuando como grupos en interés del grupo; mientras que para el nuevo paradigma serían grupos socioeconómicos no actuando como tales, sino en nombre de colectividades atribuidas. Los contenidos del viejo paradigma se relacionan con el crecimiento económico y la distribución, la seguridad militar y social y el control social; y para el nuevo, con el mantenimiento de la paz, el entorno, los derechos humanos y las formas no alienadas de trabajo. Los valores se orientan hacia la libertad y la seguridad en el consumo privado y el progreso material dentro del viejo paradigma; y hacia la autonomía personal e identidad en oposición al control centralizado, para el nuevo paradigma. Por último, en los modos de actuar, para el viejo paradigma se daba una organización interna formalizada con asociaciones representativas a gran escala y una intermediación pluralista en lo externo unida a un corporativismo de intereses basado en la regla de la mayoría junto a la competencia entre partidos políticos; en cambio, para el nuevo paradigma, en lo interno se basa en la informalidad, la espontaneidad, el bajo grado de diferenciación horizontal y vertical, y en lo externo, por una política de protesta basada en exigencias formuladas en términos predominantemente negativos.

Problemas del individualismo metodológico y de las teorías de la acción colectiva

El renovado léxico y las renovadas categorías de análisis utilizadas en los marcos teóricos dominantes merecen entonces una particular atención, para poder comenzar a desentrañar los supuestos sobre los que se construyen estas interpretaciones. Pasemos entonces a analizar en forma más detallada las preocupaciones básicas, los posicionamientos ideológicos y algunos problemas de interpretación existentes en estos marcos teóricos dominantes.

Origen y porqué de los Movimientos Sociales

La pregunta principal que subyace a todos estos investigadores enrolados en el individualismo metodológico es ¿Porque y Como Aparecen los Movimientos Sociales? La respuesta, por ejemplo en Tarrow, gira siempre alrededor de las “cuestiones organizacionales y el entorno de oportunidades”. Pero lo importante a resaltar aquí no es tanto que tipo de respuestas se dan sino la preocupación que presupone el tipo de pregunta. El interesarles tanto el “Porque” y el “Como” implica que parten de un escenario en donde un equilibrio social dinámico sería la norma, es decir en donde los procesos de conflicto a nivel comunitario son un dato llamativo y disruptivo (una fricción dentro del proceso funcional de la modernización), por esto, todo movimiento social implicaría algún grado de tensión y conflicto que rompe con el normal equilibrio devenido de la competencia entre intereses individuales y que por lo tanto es necesario explicar. El movimiento social es una fuerza disruptiva, en cierta medida anormal pues conlleva la asociación en una sociedad construida sobre el individualismo (aunque es cierto que no tan anormal como para considerarlo un caso anómico como sí se los veía originalmente desde el *collective behaviour*); y es por esto que es tan importante el descubrir el origen y las motivaciones que hacen que aparezca. Así las explicaciones van desde la irracionalidad de los sujetos (Collective Behaviour, Blumer), los efectos provocados por el desarrollo desigual de los subsistemas (Parsons), los procesos de privación relativa individual (Relative Deprivation), o de elección racional (Olson), o la disponibilidad de recursos organizativos y la

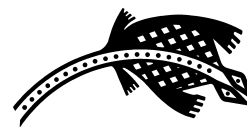


existencia de oportunidades políticas (Movilización de Recursos). Los marcos teóricos europeos en cambio, desde la lógica de la "acción subjetiva" consideran más normal las disputas y conflictos, pero siempre como un juego natural de intereses individuales, en un contexto social que esencialmente es estable, aunque lo que si varían son las individualidades y las relaciones inter-individuales (estabilidad por lo menos en términos de no someterse a grandes cambios, no a cambios sistémicos). En la mayor parte de los casos, la respuesta gira alrededor de la reacción frente a algún "agravio" más o menos puntual, minimizando así la acción basada en un proyecto socio-político de transformación social. Es decir, todas estas corrientes teóricas intentan encontrar argumentos explicativos que puedan dar cuenta de la emergencia de los movimientos sociales y del porque aparecen intentos de cambio social, y podríamos decir que mayoritariamente aquí se termina su trabajo, lo importante es como -es decir, gracias a que- y porqué surgen y como y porqué se mantienen en el tiempo. Si en cambio partiéramos del supuesto de que el proceso histórico se construye a partir de los conflictos, antagonismos, y relaciones contradictorias entre los sujetos, clases o subclases, es decir de procesos de movilización y cambio social, la pregunta del porqué surgen los movimientos sociales no sería tan importante, porque la historia misma es la historia de la movilización y de los conflictos sociales. En cambio, lo que si importaría son las diferentes dimensiones, grado y alcances del conflicto social, sus sujetos y las tramas de relaciones y contradicciones presentes.

El Cambio Social

El punto anterior ya nos ha adelantado la tónica respecto a la cuestión del cambio social, entendiendo por cambio social al gradiente de posibilidades por cambiar, tanto en su esencia las reglas de juego dominantes o también solo parcialmente alguno de sus aspectos. Vale esta aclaración para evitar cualquier confusión con la noción evolucionista-funcionalista de cambio entendida como la adaptación-evolución del sistema en pos de consolidar sus propias metas.

Sin negar la importancia relativa de las diferentes condiciones y procesos que desde las teorías norteamericanas y europeas se postulan como promoviendo la organización de movimientos sociales, es dable observar que las teorías pos-estructuralistas y derivadas del individualismo metodológico (particularmente la teoría de la movilización de recursos) no le asignan importancia al hecho de la posible existencia de un deseo en individuos y grupos sociales por cambiar o transformar algún aspecto social más o menos parcial (o frenar algún cambio) que vaya mucho más allá de reacciones puntuales a agravios puntuales. Por esto es fundamental poder combinar la totalidad de motivaciones que llevan a los individuos a congregarse en movimientos sociales, de esta manera, las reacciones a agravios puntuales podrán tener una relativa presencia en muchos casos pero seguramente será insuficiente para explicar las reiteradas formas de movilización social a todo lo largo de los últimos dos siglos con perspectivas diversas y muchas de ellas con algún grado de estrategia antisistémica. La ambición de cambio en las clases y grupos sociales puede rastreársela a lo largo de toda la historia, pero constituye sin lugar a dudas un pilar fundamental de los principios modernos sobre los cuales se rigen todas las sociedades contemporáneas alcanzadas por el desarrollo urbano-industrial-capitalista. Sin lugar a dudas que la presencia de los agravios y de los grupos y condiciones que permiten la organización de los recursos generan condiciones favorables para la movilización social, pero sin la presencia de alguna premisa de cambio social (es decir de la necesidad de sustituir determinadas condiciones de existencia de desigualdad y explotación por otras más igualitarias), difícilmente se hubieran generado tanto los movimientos antinucleares (ya sea el previo o el posterior al desastre) como los movimientos por los derechos civiles, como los movimientos estudiantiles, como los actuales movimientos campesinos, de desocupados o barriales. O sea, los agravios y la organización de los recursos pueden facilitar la emergencia de movimientos sociales pero difícilmente por si solos puedan generar estos movimientos sin existir un deseo (con un menor o mayor desarrollo de una

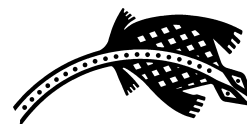


conciencia de clase) y una necesidad por alterar el status quo, aunque más no sea en algunos de sus aspectos. Así, el individualismo metodológico en general y la teoría de la movilización de recursos en particular más que lograr explicar la formación de los movimientos sociales, pueden aportar elementos que ayuden a explicar la conformación de condiciones que facilitan el desarrollo de un movimiento pero que difícilmente por sí solas puedan promoverlos. Por su parte, la teoría de la acción de origen europeo, mucho más cercana al relativismo posmoderno, ubica el accionar de los movimientos sociales dentro de un vastísimo espectro de acciones colectivas, con lo cual, ya desde el principio desdibuja la potencialidad de cambio que podría existir en cada movimiento social, por cuanto acción colectiva de ninguna manera es sinónimo de cambio sino sencillamente de agregación de sujetos. Melucci va incluso más allá (acusando de “reduccionistas políticos” a cualquier intento no coincidente con sus postulados subjetivistas pos-estructuralistas), restándole precisamente importancia a las relaciones de poder y a los proyectos de sociedad enfrentados que soportan desde su base a todo proceso de movilización social. Es que su interpretación basada en un fuerte relativismo fenoménico, dificulta cualquier posibilidad de lectura sobre el cambio social, al negar ingerencia a toda condición estructural. Finalmente, existe una fuerte tendencia en la mayoría de estas teorías por identificar movimiento social con sólo satisfacción de expectativas, en tanto relaciones del sujeto con su mundo externo a través de la búsqueda de una identidad que el actor lograría encontrar gracias a la interacción y la negociación colectiva. Esta laxitud en la definición de una categoría permite aplicar el concepto de acción colectiva y movimiento social a casi cualquier contexto donde dos o más sujetos entablen algún tipo de relación, lo que claramente determina una estrategia de inhibición y ocultamiento de cualquier acción en pos de un cambio social.

Ideología y Política

La dificultad de visualizar la presencia en una sociedad de la necesidad de cambio social está presuponiendo cierta dificultad por admitir que la esfera ideológica-política-conceptual que acompaña dialécticamente a una determinada configuración del proceso histórico constituya un componente esencial para explicar todos los fenómenos incluidos en los procesos de movilización social. Es decir que estos elementos superestructurales son minimizados (por cuanto es minimizada la interacción dialéctica estructura-superestructura) pues subyace a todas estas teorías el supuesto funcionalista por un lado, que deriva de cosificar (el hecho social en tanto cosa de E. Durkheim) la realidad social y restarle a su vez todo dinamismo que no sea aquel propio del funcionamiento de un sistema en equilibrio; y la premisa posmoderna por otro, que focalizando en el fin de la historia y muerte de las ideologías, menosprecia toda posibilidad de cambio real. La naturalización de las relaciones sociales históricas predominantes está en los supuestos de estas tendencias teóricas, pues menospreciar la posibilidad de un cambio presupone admitir una sociedad estable que no admite otras variantes

A pesar que el accionar básico de cualquier movimiento social se construye siempre a partir de demandas político-sociales que tienen que ver con alguna clase de cambio (más o menos parcial), es decir, que la esfera ideológico-política es central a la constitución del movimiento; no constituye, sin embargo, un eje fundamental del análisis en el grupo de teorías clásicas. Por ejemplo, Offe, que sitúa incluso a los movimientos sociales contemporáneos dentro de un nuevo paradigma político, afirma explícitamente la desaparición de la esfera ideológica al caracterizar que *“es también típica la falta de un armazón coherente de principios ideológicos y de interpretaciones del mundo de la que poder derivar la imagen de una estructura deseable de la sociedad y deducir los pasos a dar para su transformación”*. Que muchos de los movimientos sociales contemporáneos no tengan un armazón ideológico estructural al estilo de los grandes planteamientos políticos del siglo XX (y esto solo para el caso europeo, pues los grandes movimientos latinoamericanos contemporáneos

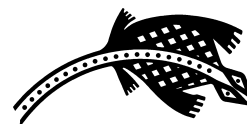


basan su accionar en un fuerte sostén político-ideológico) no quiere decir que no tengan una teoría acerca del mundo. Vale tomar los ejemplos de movimientos que Offe menciona para darse cuenta fácilmente de la debilidad de este planteo. Los ecologistas por ejemplo hace ya largas décadas que vienen construyendo una teoría política-ideológica (incluso científica) alternativa que sustente su estrategia de cambio social; lo mismo para el movimiento feminista así como para los movimientos por los derechos humanos y los pacifistas. Negar a todos estos movimientos el poseer una teoría, o principios ideológicos o interpretaciones del mundo solo puede entenderse en el marco de un análisis en donde precisamente la discusión y debate sobre el cambio social no constituye un punto central del esquema de abordaje. Vale también otra afirmación de Offe como ejemplo al definirla nuevamente como una limitación estructural de los movimientos sociales: *“los movimientos son también reacios a la negociación porque atribuyen a menudo una prioridad tan alta y universal a sus exigencias centrales que no tiene sentido el sacrificar una parte de ellas (p.e., tratándose de cuestiones relacionadas con los valores de “supervivencia” o de “identidad”) pues ello anularía la misma exigencia.”*

Si se pusiera la mirada en los principios político-ideológicos del cambio y la transformación social, se podría entender muy fácilmente esta actitud de muchos movimientos sociales, pues justamente nos está hablando que su propuesta de cambio social que se asienta en la puja o la lucha entre concepciones del mundo y entre grupos y sectores sociales, no admite negociaciones que solo llevarían a la desmovilización y a la victoria del antagonista lo que implicaría que se esfume la esperanza en una transformación social. Esta caracterización de Offe también nos sirve para ver la debilidad de la categoría “nuevo paradigma” pues al incluir la dimensión del cambio social, vemos que esta negativa a la negociación no es privativa de los movimientos sociales contemporáneos sino que es una estrategia política esencial de los movimientos antisistema modernos.

Nuevos Movimientos Sociales como opuesto a Viejos Movimientos Sociales

En el proceso histórico social siempre hay novedades, es decir siempre aparecen estructuraciones sociales, organizaciones y subjetividades nuevas, esto es justamente lo que identifica al proceso dialéctico de la historia. Pero al identificar las teorías sociológicas neo-funcionalistas y pos-estructuralistas de los movimientos sociales a los nuevos movimientos como algo que emerge por primera vez y que se separa de los viejos, se está promoviendo una inmovilización del proceso histórico, y creando categorías y caracterizando conjuntos sociales que no tendrían ningún anclaje en el proceso histórico. Esto equivale a negar la dinámica procesual, ya que lo nuevo sería un emergente sin conexión con lo viejo; lo viejo habría desaparecido apareciendo lo nuevo sin solución de continuidad entre ambos. Se estaría creando una artificiosa visión dicotómica: antes solo existía lo viejo y ahora solo existe lo nuevo y entre ambos hay un corte, casi un abismo. Es decir, estaríamos frente a un fin de época, tal como sostiene el posmodernismo. Tenemos entonces una cosificación estática de la realidad social, incapaz de identificar los permanentes, constantes y “estructurales” procesos de cambio y transformación de la realidad social, que lleva indefectiblemente a identificar lo nuevo como separado y totalmente diferente de lo viejo, y por supuesto descontextualizado del proceso histórico. No olvidemos que las tesis fundamentales del pensamiento posmoderno se basan, precisamente, en el fin de la historia y la muerte de las ideologías, supuestos claves a la hora de categorizar ahistóricamente las movilizaciones contemporáneas. Si asumimos en cambio, que el proceso histórico es por definición un proceso en transformación, entonces todo el tiempo aparecerán formas “nuevas” que a su vez se volverán viejas a su debido tiempo para volver a aparecer otras nuevas formas. Así, en las sociedades basadas en el trabajo industrial asalariado clásico en donde la forma salario constituía una relación social de producción dominante, era dialécticamente esperable que el movimiento social por antonomasia fuera el movimiento obrero al ser uno de los sujetos fundamentales de la contradicción social; en cambio al modificarse la forma de esta sociedad

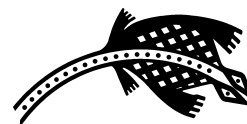


industrial y al modificarse las relaciones sociales en el mundo del trabajo y aparecer nuevos espacios de socialización, es esperable también que aparezcan nuevos sujetos acordes a estos nuevos ámbitos. De esta manera, lo que se llama “nuevos movimientos sociales” son sujetos que darían cuenta justamente de los nuevos ámbitos de la contradicción. El movimiento obrero no desapareció, ni mucho menos, solo que ahora ya no es el movimiento predominante en todos los espacios, emergiendo junto a él nuevos o renovados sujetos dada las nuevas formas del antagonismo social. Pero lo que no cambia sustancialmente, al no desaparecer la sociedad capitalista, es la base estructural basada en la contradicción de clases, los mecanismos de dominación y la hegemonía, aunque hayan cambiado las formas que adopta cada uno de estos procesos. Así, tanto los “nuevos” como los “viejos” movimientos sociales expresan los procesos de lucha en el marco de esta contradicción entre sujetos, fracciones de clase o clases sociales. Es lícito entonces hablar de nuevos, porque sin duda existen formas que antes no existían, pero solo si se los pone en un contexto de un proceso dialéctico de transformación de la sociedad en donde lo nuevo es el dato permanente y no la novedad única como expresión de una ruptura o un corte en la realidad.

Resumiendo: individualismo, mercado y equilibrio funcional

Las renovadas conceptualizaciones explicadas más arriba, ponen el énfasis entonces, en la satisfacción de las necesidades o expectativas de un sujeto social y que según si estas expectativas sean o no cumplidas este sujeto social reaccionará en consecuencia. *“La génesis de la inversión parte del descontento generalizado y su presencia siempre implica la aparición de percepciones e ideas nuevas que tienen impactos sobre la acción colectiva. El paso del descontento a la movilización (Skopcol) en cierta medida está vinculado al proceso de formación del descontento y de gestación de nuevas formas de legitimidad y orden vinculados a lo colectivo. La gestación de una conciencia de la vulnerabilidad y la ilegitimidad forman parte del abandono del conformismo o la resignación y el paso a una voluntad de cambio o acción transformadora. Este proceso ha sido caracterizado por algunos autores como ‘liberación cognitiva’ (McAdam) por el cual acontecimientos y eventos son trabajados y sirven de base para resignificar el sentido de procesos sociales generales y poner en cuestión la propia situación frente a ellos. El enmarcamiento crítico de experiencias o acontecimientos pueden llevar a pensar que las cosas podrían ser de otra manera. Estos procesos son muy importantes para explicar las características de la movilización. Grupos que comparten experiencias en contextos críticos o que están en el centro de los procesos pero no logran beneficiarse de los cambios como esperaban son los motores de activación de procesos de masas (Munck). En este sentido los procesos por los que atraviesan los sectores medios y los trabajadores desocupados constituyen focos de atención superlativamente interesantes”* (Gomez, 2002:31).

Un acto de elección racional (similar al que explica las decisiones de los agentes en un mercado) es lo que mueve a los individuos a reaccionar frente a cambios del sistema. Mientras el individuo se encuentre satisfecho, el conjunto social seguirá su curso “normal”; en cuanto comience el “descontento”, es probable, que se empiecen a “gestar nuevas formas de legitimidad y orden vinculadas a lo colectivo”. La manera que se expresa este descontento, es a través de un “acto de protesta”, que habla a su vez, de una “elección racional” previa, en el sentido de que el individuo reacciona frente a anormalidades del conjunto social. De lo que se trata, sencillamente, es de darse cuenta que ciertas cosas no funcionan del todo bien - lo que genera una situación de desequilibrio social- y para salvar esto es necesario una organización colectiva (movimiento social) que a través de la protesta (acto de elección racional) pueda construir nuevas legitimidades (identidad) en base a una organización que evalúe costos y beneficios (movilización de recursos) y reconstituir así el orden. La caracterización clásica del funcionalismo basado en el equilibrio social que surge de la complementación de funciones que desarrollan sujetos diversos (léase, por ejemplo capitalista y obrero) en un sistema social constituye entonces una base teórica fundamental sobre la que se



construyen buena parte de estas variantes que intentan explicar la movilización social en la sociedad contemporánea.

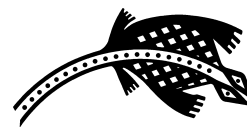
Hace décadas, el funcionalismo clásico ya lo planteaba en estos términos. Retomando algunos de estos postulados se hará más evidente la matriz sistémica funcional presente en las teorías del individualismo metodológico. Samuel N. Eisenstadt, uno de los más prominentes teóricos de esta corriente nos ilustra explícitamente sobre el papel de los movimientos sociales en la sociedad contemporánea en su explicación relativa a los procesos de modernización (Eisenstadt, 2001[1966]). Luego de reiterar la clásica fórmula sobre la creación de *“un sistema de status de gran fluidez y ambigüedad”* en las sociedades modernas, reconociendo la inseguridad que esto genera en la organización social, *“por los cambios continuos y la diferenciación estructural”* que llevan al conflicto político, se remite, lógicamente a los mecanismos de reconstitución del orden que la propia sociedad posee a partir de la participación de grupos, subgrupos y estratos sociales. *“El hecho de que la modernización determine cambios continuos en todas las grandes esferas de una sociedad significa, por fuerza, que abarca procesos de desorganización y dislocación, y que surgen constantemente problemas sociales, rupturas y conflictos entre los diversos grupos y movimientos de protesta y resistencia al cambio. La desorganización y la dislocación constituyen así una parte fundamental de la modernización, y todas las sociedades modernas y en modernización tienen que afrontarlas. Estos procesos muestran dos aspectos íntimamente relacionados: el de la desorganización propiamente dicha de las pautas de vida existentes en los diversos grupos, y el de la creciente interconexión entre grupos diferentes que experimentan esos procesos, su aglutinamiento en marcos comunes y sus choques mutuos y recíprocos.”* (op. cit.: 41)

Estos procesos de desorganización y la mutua interrelación entre grupos y estratos plantean, según Eisenstadt problemas muy graves a las instituciones y estructuras sociales modernas. Es así como surgen los <problemas sociales> (Eisenstadt, 1964) considerados como *“derrumbes y desviaciones del comportamiento social que afectan a una cantidad considerable de gente, y causan una viva inquietud a muchos miembros de la sociedad donde acontecen”*. Estos problemas sociales incluyen aquellos relativos al ciclo vital, a la definición de los papeles sexuales -combinados ambos en el ámbito de la familia y el parentesco-, a la organización de la comunidad, de las actividades laborales y de los momentos de esparcimiento.

Estos problemas sociales tienen manifestaciones concretas diferentes aunque a menudo se superponen. Una de estas maneras es la actitud individual a rehusarse a desempeñar roles sociales importantes o a comprometerse con ellos. Suicidio, vagancia y diversos tipos de enfermedad orgánica o mental serían expresiones de esto. La actividad delictiva, por su parte, es interpretada como la forma más típica de desviación y quebranto de las normas sociales.

Pero además de estas manifestaciones específicas en el plano del comportamiento, podemos encontrar como los problemas sociales se manifiestan en *“sentimientos más generales de insatisfacción, de intranquilidad, de anomia o impotencia, de alienamiento del individuo o de los grupos respecto de una comunidad más amplia o de la sociedad, del orden político o de los gobernantes...”* (Eisenstadt, 2001: 47). Estos sentimientos de insatisfacción implican rupturas ocurridas en el plano del consenso y de la integración, lo que lleva muchas veces al agrupamiento, alrededor y a partir de estos quiebres en la cohesión social de *“ciertos tipos de formación del disentimiento, que van desde los tipos más efímeros de pánico, estallidos del populacho, etc., hasta los de subcultura y anticultura, continuos y más plenamente cristalizados”* (op. cit.: 48)

Pero fundamentalmente estos sentimientos de insatisfacción pueden materializarse en demandas y el campo político es el ámbito en el cual se expresan los procesos de mediación y articulación de las exigencias y demandas. Así, las diversas organizaciones serán sujetos encargados de viabilizar estas articulaciones: *“Entre los tipos específicos de organización que sirven para articular las demandas políticas tienen importancia especial los grupos de interés, los movimientos sociales y la <opinión pública>, y los partidos políticos”* (op. cit.:29)



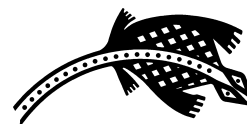
Es muy interesante la diferenciación que Eisenstadt realiza internamente a los movimientos sociales, reconociendo explícitamente la existencia de organizaciones que proponen un cambio más profundo, pero veamos en que términos. *“Podemos distinguir diversos tipos. Uno es el movimiento relativamente restringido, orientado hacia el logro de algún objetivo específico general que no se relaciona directamente con un interés concreto de grupo articulado alguno, sino que representa la aplicación de algunos principios amplios de justicia, tales como los movimientos contra la pena capital, en favor de mejoras a grandes grupos de desposeídos o a categorías de personas (madres solteras, delincuentes, etc.) o la abolición de la esclavitud, etc. El segundo tipo es el movimiento reformador, que aspira a algunos cambios en las instituciones políticas capitales, tales como la extensión del sufragio a algún grupo. Estos dos tipos de movimientos constituyen a menudo ingredientes importantes de la opinión pública. El tercer tipo de movimiento social, que es el más extremo y específico, es el ideológico totalista, que con frecuencia aspira al desarrollo de alguna nueva sociedad o política en su totalidad. Procura difundir valores o metas inclusivas y difusas dentro de una estructura institucional dada o transformar la estructura de acuerdo con aquellos objetivos y valores. Con frecuencia tiene una orientación predominantemente <futura> y tiende a describir lo futuro como muy diferente de lo presente, y a luchar por la realización de ese cambio. Muy a menudo contiene algunos elementos apocalípticos y semimesiánicos y tiende, por lo común, a requerir obediencia y lealtad totales por parte de sus miembros, y a establecer distingos categóricos entre amigos y enemigos”* (op. cit: 30-31)

Amen, de los absolutamente reiterados prejuicios ideológicos típicos de la sociología clásica hacia todo elemento desestabilizador del sistema (con epítetos que no por casualidad son los mismos con los que siempre se identificó a las organizaciones antisistema, tanto en la academia como en la política dominante: apocalípticos, semimesiánicos, obediencia y lealtad totales...) es importante resaltar la identificación de alguna dimensión política de los movimientos sociales y hasta un parcial reconocimiento a la existencia de grupos, con diferencias graduales, en pos de un proceso de cambio. Componentes estos que tiene escasa o nula presencia en las teorías sobre movimientos sociales que venimos analizando

Pero esta relativa dimensión política es puesta en su lugar cuando tanto alrededor de roles en la economía y otros definidos por las cualidades primordiales del sexo y la edad, los movimientos sociales son nuevamente definidos como manifestaciones de la insatisfacción y como integraciones de disenso. *“Hubo corrientes que intentaron modificar esos aspectos de la sociedad más amplia, que se refieren a los roles en cuestión. La clase obrera y la actividad socialista, por una parte, y los movimientos por los derechos de la mujer, del niño y de la juventud, por la otra, fueron dos reacciones importantes del proceso de modernización. Son, desde luego, los rasgos de toda sociedad en cierta etapa de la modernización”* (op. cit.: 48)

La última afirmación deja claramente en evidencia, como los procesos de protesta y de movilización social son interpretados por la sociología funcionalista como ajustes normales a los roces y conflictos que se generan por la propia dinámica evolutiva de cualquier proceso de modernización. La protesta y el movimiento social son internos al sistema y ayudan a su perfección y consolidación. Es decir, no existe una consideración alrededor de una posibilidad de ruptura antisistémica, porque sencillamente el cuerpo teórico de la modernización concibe a la sociedad moderna, capitalista, industrial y urbana como el tope a alcanzar en el proceso de desarrollo de la sociedad. Los movimientos sociales expresan llamadas de atención ante quiebres en la cohesión y constituyen así uno de los tantos mecanismos de ajuste del sistema.

Volviendo a las teorías actuales sobre movimientos sociales, encontramos que junto con esto, a los supuestos derivados de las presunciones más individualistas y subjetivistas de las teorías de la interpretación que hacen hincapié en la “identidad”. Se logra así una amalgama que enfatiza la acción social subjetiva e individual en un contexto de equilibrio entre “actores sociales”. Ante desviaciones del equilibrio, lo subjetivo reacciona, protesta y se organiza, poniendo algunas corrientes teóricas el acento en la reconstrucción colectiva de la identidad, y otras en la acción colectiva que permita restablecer el equilibrio. Así, acción colectiva, movimiento social, identidad y racionalidad estratégica son las claves explicativas; *“...la acción colectiva es el resultado de la asociación de individuos con intereses*



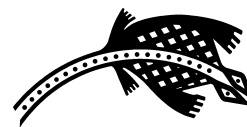
comunes que desarrollan estrategias colectivas como alternativa racionalmente calculable, para optimizar en circunstancias ocasionales y bien delimitadas, las probabilidades de éxito en la satisfacción de sus preferencias" (Schuster, 2005:46).

Aparecen infinidad de términos técnicos nuevos, como repetida manifestación del sociologismo, que servirían para el desmenuzamiento intelectual de los actores y las acciones, tales como "inversión", "liberación cognitiva", "enmarcamiento", "repertorio de acciones", "fuerza ilocucionaria", "visibilidad", "ciclos de protesta", "repertorio de confrontación", "acción colectiva modular", "redes del movimiento", "acto de habla", "oportunidades políticas", "ipseidad", "estructuras de movilización", etc. En estrecha correlación con esto, se denota también una especial preocupación por la construcción de "especies sociológicas" (fragmentos sociales), de unidades sociales diferenciadas que permitan su identificación (y estudio) dentro del conjunto del sistema social. Aparecen entonces los intereses fragmentados por las asambleas, las fábricas recuperadas o los piqueteros, dejando de lado que todos estos representan manifestaciones de la profunda crisis y del renovado proceso de avance del capital por sobre el trabajo. *"Históricamente, la emergencia y el desarrollo de un movimiento social de desocupados no ha aparecido como algo necesario ni evidente, ni mucho menos sostenido en el tiempo. La literatura sociológica ha insistido, más bien, en el conjunto de dificultades, tanto de carácter objetivo como subjetivo, que atraviesa la acción de los desocupados y que impide que éstos se conviertan en un verdadero actor colectivo... Así, las preguntas que atraviesan este libro reenvían tanto a la problemática de la diversidad realmente existente como a la constatación efectiva de un conjunto de repertorios y elementos comunes que han ido configurando un espacio específicamente piquetero"* (Svampa y Pereyra, 2003:11). Es la propia contradicción capital/trabajo (y la categoría de clase), aquella que es abandonada en nombre de lo "nuevo". *"En los momentos en que los estudios de los nuevos movimientos se abrían paso fue necesario marcar las diferencias de las nuevas resistencias con el viejo conflicto de tipo estructural 'capital/trabajo'. Se hablaba del registro de nuevas formas de subordinación que rompían con la idea de identidades plenas como las de clase. Los nuevos conceptos de 'acción colectiva', 'protesta' registran nuevos conflictos que no refieren al espacio de clase"* (Giarraca, 2006).

Pero, lo que (deliberada o ingenuamente) no aparece son los clásicos términos y categorías que denotan los procesos de explotación, de subsunción, de desigualdad y de injusticia social que podrían explicar mucho más fácilmente las luchas cotidianas entre clases, subclases y/o sectores sociales, es decir el conflicto social entendido no como un desequilibrio del sistema o de la identidad individual, sino como la expresión de la resistencia ante la dominación social.

Por lo tanto, podemos observar como las renovadas conceptualizaciones contrastan marcadamente con el interés de los años '60 y '70 en los procesos revolucionarios, el cambio social, Vietnam, Cuba y otros procesos de liberación nacional y social, el Mayo Francés del '68 y otras revueltas del '68 a nivel mundial, el Cordobazo, etc., temáticas todas que tenía una fuerte influencia en la agenda de la investigación social. Pero a partir del Consenso de Washington, el neoliberalismo, la caída del Muro de Berlín, la imposición del posmodernismo (y su fin de la historia y muerte de las ideologías) etc., todos esas grandes líneas del pensamiento, junto a sus categorías de análisis, sucumben o quedan en lugares absolutamente marginales: *"...los sujetos colectivos fijos (las clases sociales, las naciones, los pueblos, etc.) estallaron en un número aparentemente ilimitado de fragmentos que, como las partículas subatómicas, desaparecían cuando se trataba de fijarlos o, incluso, volvían a estallar en multitud de nuevos fragmentos, se cruzaban o se reordenaban en figuras nuevas, desconocidas, impredecibles. Lo que J. Nun llamó 'la rebelión del coro' caracteriza un tránsito no sólo real sino -para nuestro entender- conceptual, teórico, epistemológico, que nos lleva de los años setenta a los noventa"* (Naishtat, F y F. Schuster, 2005:10).

Consideraciones finales



En base a lo expresado hasta aquí, podemos afirmar que con las visiones neo-funcionalistas y pos-estructuralistas se corre el peligro de un proceso de naturalización de las relaciones sociales tal cual están establecidas bajo los parámetros dominantes. El énfasis en la organización, los recursos, la ruptura del orden y la identidad deja de lado el conflicto por el poder y el cambio social. Esto minimiza toda posibilidad de preguntarse por la existencia o no de un proceso de lucha y movilización anti-sistémico, tendencia reforzada por la antes mencionada naturalización del status-quo. Es que toda rama del conocimiento está atravesada por alguna clase de posicionamiento político-ideológico. Así, si se reconoce a la sociedad vigente como válida, no es necesario preguntarse por la necesidad de un cambio, y por lo tanto, tampoco por la existencia o no de algún objetivo de cambio en los procesos de movilización social. De aquí, la preocupación por parte de las teorías dominantes en aspectos (existentes, por cierto) pero complementarios a la hora de explicar un proceso de movilización. Es entonces cuando el árbol no deja ver el bosque: si solo se es capaz de captar las manifestaciones superficiales y visibles de los procesos de movilización social, será muy difícil desentrañar la trama más profunda que estructura los conflictos.

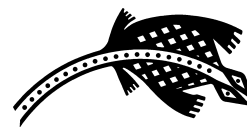
Teniendo en cuenta estos antecedentes y la ruptura en la forma de conceptualizar los movimientos sociales ocurrida en los años ochenta mencionada más arriba, es de fundamental importancia rescatar el análisis en base a los aspectos que tienen que ver primordialmente con el cambio y la transformación social, los enfrentamientos entre sectores y/o clases sociales, y las perspectivas anti-sistémicas³ de los movimientos en su lucha por un modelo de sociedad diferente; perspectiva que facilita además el dejar de mirar a los movimientos sociales “desde afuera” interrogándose también sobre el lugar de la universidad y del sistema científico en los conflictos sociales. Esto no implica necesariamente dejar de lado aquellas posibles categorías provenientes de las “teorías de la acción colectiva y los nuevos movimientos sociales” que puedan ser consideradas útiles para diferenciar matices y aspectos mayoritariamente complementarios del problema.

Sin lugar a dudas, los movimientos sociales en el contexto de desarrollo capitalista de las últimas décadas vuelven a sostenerse sobre los postulados básicos que definieron las protestas y los conflictos y las movilizaciones en el pasado (proceso más claramente visible en América Latina), en el sentido de que se los debe definir clara y contundentemente como movimientos modernos con reclamos modernos (por tierra, trabajo, salarios, precios, democracia⁴, etc.), dejando así de lado cualquier interpretación que desde posiciones pos-estructuralistas, neo-funcionalista y/o posmodernas, pretenden ver “nuevos” movimientos sociales (en términos absolutos) que rompen así la continuidad con los históricos reclamos de los sectores explotados. Diferentes y diversos si, por cuanto en tanto modo de acumulación con interrelación dialéctica con la emergencia de conflictos se generan condiciones y sujetos sociales diferentes, por ejemplo en el contexto del populismo o del desarrollismo o las dictaduras militares, así como de las tramas antagonistas diversas que se generan entre el estado de bienestar o el neoliberalismo. Entonces la calificación de “nuevos” en contraposición (casi absoluta) con los “viejos” oblitera toda la complejidad del proceso histórico⁵; son

³ Al respecto, Wallerstein (2002) partiendo de su clásico análisis de la configuración sistémica del capitalismo, ha realizado últimamente algunos aportes a la visualización de los movimientos sociales como movimientos antisistemas que más que ayudar al análisis puntual de los movimientos sociales estudiados, puede ayudar a una interpretación histórica general del proceso de conformación de los mismos.

⁴ Sobre la contradicción democracia-capitalismo y el surgimiento de un proceso de movilización social, ver Galafassi (2004).

⁵ De Nuevos también son tachados muchos movimientos antisistémicos de los últimos años, como por ejemplo lo hacen los trabajos del Colectivo Situaciones (2001) sobre el MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero) y el MTD de Solano (Movimiento de Trabajadores Desocupados) del 2001, en los cuales se lee la realidad a partir de la fórmula del contrapoder y en donde se parte afirmando que “la política, ya no pasa por la política... la lucha por la libertad y la justicia, que en décadas anteriores tomaban enteramente la forma de la política, de la lucha por el poder y por el control del sentido de la historia, hoy transita en forma muy minoritaria por allí” (pp. 6)



“nuevos”, como categoría relativa, en tanto la modernidad produce por su propia dinámica manifestaciones renovadas de sus propias contradicciones⁶.

Es importante entonces priorizar, tal como lo hacen los propios movimientos sociales, la disputa, el conflicto, la lucha entre clases o fracciones de clase y la confrontación entre modelos de sociedad (en tanto movimientos en mayor o menor medida antagonistas al sistema o a alguna de sus políticas), diferenciando sí aquellas protestas puntuales que responden a agravios puntuales (por ejemplo, reacción barrial frente a un asesinato, robo o accidente).

Se propone entonces, una mirada que ubica a los movimientos sociales como formas diversas de organización de conjuntos sociales (clases, fracciones de clase o incluso alianzas de clase) inmersos en relaciones sociales de antagonismo sociopolítico y cultural que por su misma configuración apuntan hacia algún tipo de lucha anti-status-quo⁷. Por lo tanto, más que ver a los movimientos sociales como ciertos actores específicos inscriptos en el mismo proceso de “enmarcamiento” que el resto de los actores del sistema (es decir en un proceso de diferenciación interna funcional a la dinámica del sistema) se los deberá explicar en base a preguntarse hasta donde se los puede identificar como sujetos inscriptos en alguna variante de cambio social, de transformación de la sociedad o solo como reacción puntual. Esto implica que su posición de antagonista (o no) del sistema es uno de los ejes principales a partir del cual interpretarlo y no solo un elemento más de la larga serie de características con las cuales solo se logra inmovilizar descriptivamente a los movimientos sociales. Es que la identidad principal de un movimiento social suele ser precisamente su posicionamiento crítico frente al modelo dominante, peticionando por algún tipo de cambio, sea este parcial o total.

Entonces, será importante considerar por sobre cualquier otro tipo de disquisiciones, estos factores que son vistos como ejes claves a la hora de estudiar cualquier movimiento social:

1) la posición estructural del movimiento social, lo que implica partir de la noción compleja y dialéctica de lucha de clases para visualizar así al sujeto en su relación con las condiciones objetivas;

2) la posición estratégica del movimiento social, lo que implica prestar atención a las condiciones subjetivas que definen un tipo, grado y nivel de acción (de protesta, movilización y organización); y

3) la configuración histórica del contexto regional y global que define el marco socio-político, cultural y económico con el cual cada movimiento social interactúa.

Pero además, será fundamental tomar como base las siguientes consideraciones que definirán el marco de construcción de las categorías de análisis:

- Que el proceso de Movilización Social se construye históricamente (es decir sincrónicamente y no asincrónicamente como suelen analizar la realidad el individualismo metodológico)

- Que los procesos de movilización social mantienen una relación dialéctica con el proceso histórico de transformaciones en la relación Capital-Trabajo

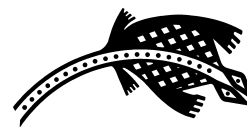
- Que los procesos de movilización social se inscriben de alguna manera en algún contexto y proceso de Cambio Social (cualquiera sea el signo y/o alcance de este cambio)

- Que es fundamental ver las relaciones de los movimientos y organizaciones socio-políticas tanto con el resto de los sujetos, clases y fracciones de clase como con el Estado.

Para terminar, se proponen entonces, los siguientes aspectos a analizar en los procesos de movilización social (teniendo fundamentalmente en cuenta que todos ellos están dialécticamente

⁶ Para una crítica inteligente a las teorías posmodernas de izquierda ver Veltmeyer (1997 y 2003)

⁷ Esto implicará revisar las discusiones actuales sobre la noción de clase como aquella sostenida por Holloway (2004) que más que reconocer la existencia de una lucha entre clases constituidas, apela más bien a entender a la lucha de clases como un antagonismo incesante y cotidiano entre alienación y des-alienación, entre fetichización y des-fetichización.



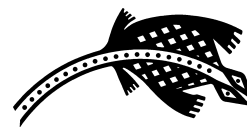
relacionados y ninguna de ellos puede explicar por si solo el proceso complejo de la movilización social):

1. Base social del movimiento: cuales sujetos, sectores, clases y fracciones de clase lo componen.
2. Condiciones objetivas y posición estructural del movimiento y sus integrantes: las relaciones de clase, estamento, sector social en el contexto de la estructura socio-económica y política de la sociedad.
3. Las demandas concretas de los procesos de movilización social y como estas demandas se van transformando (o no) en el tiempo.
4. El Programa Político al cual responden las demandas, pudiendo estar este programa explicitado o no por parte de los movimientos.
5. Métodos y formas de lucha y acciones y actividades desarrolladas.
6. Alianzas: ya sea con otras fuerzas sociales, movimientos, clases o fracciones de clases; que definirán las tácticas y estrategias del movimiento. Su relación con el programa político, el contexto histórico y las formas y métodos de lucha
7. La organización del movimiento: roles, funciones, recursos, etc.
8. Condiciones subjetivas de la organización del movimiento, los procesos de construcción de identidad, de aceptación de roles, liderazgo, etc
9. Relación con el Estado (en toda su diversidad) y con toda otra forma de poder institucionalizado; en relación a negociaciones, respuesta a cooptación y/o represión, etc.

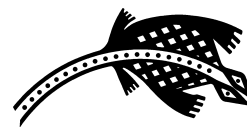
Considerando, de esta manera, las contradicciones que motorizan el proceso socio-histórico se estará más cerca de poder abarcar la complejidad que implica un proceso de movilización social. Las luchas por la igualdad y la solidaridad, si bien en algunos casos pueden implicar ajustes del sistema, representan fundamentalmente procesos de movilización por un cambio social (sea este más o menos importante, más o menos radical). El desconocer esto, no solo conlleva a una producción de conocimientos poco ajustada a la realidad, sino que además define una posición política que por su propia naturaleza la hace incapaz de comprender cabalmente a la movilización social. Si desde los marcos teóricos se considera que la historia no puede cambiar, muy difícilmente se podrán observar sujetos trabajando por el cambio. Solo rescatando el rico historial de las ciencias sociales críticas en el estudio de los procesos de movilización social, es como actualmente se podrán comprender los "nuevos" fenómenos. Claro está, que esto implica asumir que la sociedad capitalista actual no necesariamente representa el fin de la historia.

Bibliografía

- BLUMER, Herbert: **Outline of Collective Behavior**. 1934
- COHEN, Jean: "*Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements*". En, **Social Research**, vol. 52, n° 4.
- COLECTIVO SITUACIONES: "*Movimiento campesino de Santiago del Estero MOCASE*", **Situaciones 3**. Ediciones de Mano en Mano, 2001.
- COLECTIVO SITUACIONES: "*MTD Solano*", **Situaciones 4**. Ediciones de Mano en Mano, 2001
- CRAIG Jenkins, J.: "*La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales*". En, **Zona Abierta**, n° 69, 1994, pp. 5-47.
- EISENSTADT, Samuel N.: **Comparative Social Problems**. New York, Free Press of Glencoe, Inc., 1964.



- EISENSTADT, Samuel N.: **Modernization. Protest and Change**. New Jersey, Prentice Hall, Inc., 1966 (edición en castellano, Amorrortu, 2001, primera reimpresión)
- ELSTER, Jon: **Tuercas y Tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales**. Barcelona, Gedisa, 1993.
- EYERMAN, Ron; JAMISON, Andrew: **Social Movements: A Cognitive Approach**. Cambridge, Polity Press, 1991.
- GALAFASSI, Guido: "Argentina: neoliberalismo, utilitarismo y crisis del Estado-nación capitalista". En, **Herramienta** n° 26, pp. 52-78, 2004.
- GALAFASSI, Guido: "Democracia en crisis, ideologías, prácticas y movimientos sociales". En Lenguita y Galafassi: **Nuevas prácticas políticas insuñidas en Argentina: aprendizaje para Latinoamérica**. Buenos Aires, Libros en Red, 2004.
- GIARRACA, Norma (comp.): "La composición del mapa social". En, **Ñ, revista de cultura**, n° 144, 1 de julio de 2006, pp. 18.
- GÓMEZ, Marcelo: "Crisis del capitalismo, formas de conciencia y resurgir de la acción colectiva". En **Revista Theomai, Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo**. Número especial, invierno 2002
- GURR, Ted: **Why Men Rebel**. Princeton, Princeton University Press, 1970.
- HOLLOWAY, John: **Clase=Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico**. Buenos Aires, Ediciones Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla, 2004.
- MCADAM, Doug: **Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1970**. Chicago, The University of Chicago Press, 1982.
- MCADAM, D.: **Political Process and the Development of Black Insurgency**. Chicago, University of Chicago Press, 1982.
- MCCARTY, John; MAYER N. Zald: "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory". En, **American Journal of Sociology**, vol. 82, n°6, May 1977, pp. 1217-1218
- MELUCCI, Alberto: "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales". En, **Zona Abierta**, n° 69, 1994, pp. 153-180.
- NAISHTAT, F.; SCHUSTER, F.: *Introducción*. En Schuster, Naishtat *et al.*, **Op. Cit.** pp. 10
- OFFE, C.: **Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales**. Madrid, Ed. Sistema, 1996.
- OFFE, Claus: "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics". **Social Research**, vol. 52, n° 4, 1985
- OLSON, Mancur: **The Logic of Collective Action**. Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1965.
- PARSONS, Talcott: **Sociological Aspects of Fascist Movements**. 1942
- PURICELLI, Sonia: *La teoría de la movilización de recursos desnuda en América Latina*. En, **Revista Theomai. Estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo**, n° 12, 2005.
- RIECHMAN, Jorge; FERNÁNDEZ BUEY, Francisco: **Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales**. Barcelona, Paidós, 1995.
- SCHUSTER, Federico: "Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva". En Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra (comp.), **Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea**. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, pp. 46
- SVAMPA, M.; Pereyra, S.: **Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras**. Buenos Aires, Biblos, 2003, pp. 11-14
- TARROW, Sidney: **El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política**. Madrid, Alianza Universidad, 1997.
- TILLY, Charles: **From Mobilisation to Revolution**. New York, McGraw-Hill, 1978.
- TOURAINÉ, A.: "An Introduction to the Study of Social Movements". En, **Social Research**, vol. 52, n° 4, 1985.
- TOURAINÉ, A.: **Los Movimientos Sociales**. México, Ed. Almagesto, 1991.



VELTMEYER, Henry: *"New Social Movements in Latin America: the Dynamics of Class and Identity"*. **Journal of Peasant Studies**, vol. 25, n° 1, 1997.

VELTMEYER, Henry: **Repensando las nueva política en América Latina: las trampas del contrapoder**. Mimeo, 2003

WALLERSTEIN, Immanuel: *"New Revolts Against the System"*. **New Left Review**, n° 18, 2002.

WEBER, Max: **Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva**. México, FCE, 1974